

Para nosotros, el comunismo no es un *estado* que debe implantarse, un *ideal* al que haya de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo el movimiento *real* que anula y supera al estado de cosas actual. Las condiciones de este movimiento se desprenden de la premisa actualmente existente. Por lo demás, la masa de los *simples* obreros —de la fuerza de trabajo excluida en masa del capital o de cualquier satisfacción, por limitada que ella sea— y, por tanto, la pérdida no puramente temporal de este mismo trabajo como fuente segura de vida, presupone, a través de la competencia, el *mercado mundial*. Por tanto, el proletariado sólo puede existir en un plano *histórico-mundial*, lo mismo que el comunismo, su acción, sólo puede llegar a cobrar realidad como existencia histórico-universal. Existencia histórico-universal de los individuos, es decir, existencia de los individuos directamente vinculada a la historia universal.

Karl Marx

Jean-Paul Sartre
**“El
socialismo en un
solo país”**

Me concentraré en un ejemplo contemporáneo: el surgimiento en la URSS de la monstruosidad ideológica del "socialismo en un solo país". Una investigación crítica habrá de mostrarnos: 1] que esta consigna fue el resultado de conflictos en el seno del liderazgo; 2] que, más *allá de* esos *conflictos*, la consigna representaba las contradicciones y transformaciones de la sociedad soviética en su conjunto; 3] que, en la medida en que sobrevivió, la consigna produjo otras formas verbales que la suplementaron y *corrigieron*. Estas formas enriquecieron tanto el conocimiento como la práctica, trascendiendo la monstruosidad y convirtiéndola en una verdad. Obviamente no podremos ocuparnos de los conflictos extraordinariamente complejos que dividieron a los líderes soviéticos luego de la muerte de Lenin, ni, menos aún, llevar a cabo una interpretación dialéctica de los mismos. Simplemente estamos tomando un ejemplo y examinándolo no por sí *mismo* sino por las lecciones que podemos derivar de él.

I. LOS CONFLICTOS EN EL SENO DEL LIDERAZGO

Trotsky comprendía la situación de la URSS en esos años difíciles tan bien como Stalin. En algún momento había creído que habría revoluciones en Alemania y las otras democracias burguesas, y que la internacionalización del poder obrero alteraría rápidamente las condiciones en que se daba el problema en Rusia. Pero los acontecimientos lo desmintieron. Trotsky sabía tan bien como Stalin que los movimientos obreros europeos estaban en mengua temporal. Para ambos, la URSS estaba en *peligro mortal*: sola, cercada por potencias poderosas y hostiles, o bien tenía que hacer sacrificios inmensos con objeto de ampliar su potencial militar e industrial, o resignarse a ser aniquilada. Las circunstancias que habían determinado las actividades anteriores de ambos habían hecho del emigrado Trotsky alguien más al tanto del movimiento revolucionario extranjero, mientras que Stalin —que prácticamente nunca había salido de Rusia— era más ignorante y se mostraba más suspicaz respecto de Europa. Con todo, Stalin no pregonaba que un sistema comunista pudiera construirse en la URSS a menos que se estableciera al mismo tiempo en el resto del mundo.

La "unidad" de Stalin y Trotsky

Así parece como si los dos líderes y las facciones que representaban hubieran podido concertar un programa mínimo, tal como lo requería la situación misma. Esto hubiera supuesto iniciar de inmediato la construcción de la nueva sociedad, sin esperar por el momento ninguna ayuda exterior, y sostener el entusiasmo revolucionario de las masas haciéndolas conscientes de la dirección en que se embarcaría la construcción, es decir, ofreciéndoles un *futuro*. Al pueblo ruso se le tenía que decir tanto "debemos sobrevivir y podemos construir" como "sobreviviremos construyendo". Pero estas tan sencillas exigencias no implicaban que la construcción de una Rusia poderosa —en términos tanto de industria como de armamento— pudiera rebasar lo que podría llamarse la etapa presocialista. La clase obrera se apropiaría los medios de trabajo y la industrialización se acompañaría del establecimiento progresivo de las estructuras y los cuadros necesarios para la erección de una sociedad verdaderamente socialista cuando hubiera revoluciones en otras partes del mundo. Stalin y Trotsky, además, hubieran podido coincidir en otro aspecto: no se puede socializar la pobreza, de modo que —ante la amenaza extranjera— era preciso iniciar la difícil fase de la acumulación presocialista. Trotsky, desde luego, fue quien primero insistió en la necesidad de un compromiso total con una política de colectivización e industrialización.

Ambos reconocían las mismas presiones y exigencias objetivas; para ambos, la praxis de la revolución en la URSS debía ser tanto defensiva como constructiva, y el encierro del país en sí mismo debía tardar tanto como las condiciones que lo impongan.¹ Fue en otros campos donde surgió el conflicto. Uno y otro representaban los aspectos contradictorios de la lucha que los revolucionarios habían emprendido en el pasado contra el zarismo. Trotsky, aun cuando un notable hombre de acción cuando las circunstancias lo requerían, era ante todo un teórico, un intelectual. Incluso en la acción seguía siendo un intelectual, lo que significa que siempre estaba a favor de un curso *radical*. Una estructura tal de la práctica es perfectamente válida siempre y cuando se adapte a las circunstancias: así se entiende que Trotsky haya podido organizar el ejército y ganar la guerra. El factor básico era la emigración. Los revolucionarios exiliados en realidad no perdieron contacto con las masas rusas; sin embargo, durante cierto tiempo sus nexos más cercanos fueron los partidos obreros occidentales. El internacionalismo del movimiento revolucionario era, simple y sencillamente, la realidad de su experiencia. El marxismo, como teoría y como práctica, se les aparecía *en su universalidad*. Universalismo y radicalismo fueron, por así decir, la manera como Trotsky interiorizó la influencia occidental y su exilio mismo. Esto tendía a hacer de él, como de otros

¹ *Praxis*: la actividad intencionada de un individuo o de un grupo.

emigrados, un hombre abstracto, universal. La teoría de la revolución permanente era simplemente la formulación de esos rasgos interiorizados en un lenguaje marxista. Lo único que Trotsky aportó —pero fue crucial— fue la urgencia, la pujanza que esas tesis cobraron en sus escritos. En un solo movimiento dialéctico, la revolución debía impulsarse más y más profundamente, trascendiendo sus propios objetivos (radicalización); tenía que esparcirse progresivamente por el mundo entero (universalización). Hasta 1917, esto significaba que la revolución proletaria tendría lugar en un país europeo altamente industrializado. Así que, por supuesto, estos revolucionarios "occidentalizados" se ofuscaron cuando las circunstancias los llevaron a tomar el poder en un país subdesarrollado: titubearon, y se plantearon la creación de formas de transición, hasta que las circunstancias los forzaron a echar marcha adelante.

Stalin, en cambio, siempre representó la intermediación entre los líderes emigrados y las masas rusas. Su tarea consistía en adaptar las instrucciones de aquéllos a la situación concreta y a la gente que debía efectuar el trabajo. Estaba del lado de esta gente; conocía a las masas rusas y, antes de 1914, no ocultaba su desconfianza y desprecio por los círculos emigrados, casi sin excepción. La historia de sus conflictos con ellos luego de 1905 esclarece un tanto lo que podría llamarse su particularismo práctico. Para él, el problema era cumplir las órdenes *con los medios a su alcance*; sabía cuáles eran esos medios mientras que, en su opinión, los emigrados lo ignoraban. Para él el marxismo era una guía para la táctica, un poco como *Sobre la guerra* de Clausewitz; carecía de la educación y el tiempo para justipreciar su aspecto teórico. Aun cuando admiraba a Lenin, le horrorizó que éste escribiera *Materialismo y empiriocriticismo*, que le parecía una pérdida de tiempo. En este sentido, si bien *hablaba de* la universidad del marxismo, nunca la comprendió. Él la encamaba en una praxis que siempre individualizaban las circunstancias en que tenía lugar (zarismo; rápida industrialización combinada con un tremendo atraso respecto de Occidente; capital extranjero; un nuevo proletariado que, aunque creciente, todavía era débil; una burguesía prácticamente inexistente, o compuesta de *compradores*; la aplastante superioridad numérica de la clase campesina; el poder político de los terratenientes).² Estas circunstancias tenían dos aspectos. Por un lado exigían la adaptación constante de los preceptos forjados en las luchas proletarias contra los capitalistas en las democracias occidentales. Por otro lado, para aquellos que luchaban día tras día y las aprovechaban en su propia acción, revelaban que —a despecho de las expectativas de los emigrados y de la *letra* del marxismo— la Rusia agrícola estaba madura para una revolución obrera.

² *Encarnación*: realización de una posibilidad general abstracta en la figura concreta de una situación particular.

Lo que dividía a los dos hombres, por tanto, eran los esquemas prácticos con que percibían cada situación particular, más bien que principios abstractos o incluso un programa cualquiera. En cada uno de ellos, la praxis se constituía como una suerte de voluntarismo. Pero Stalin, que había militado durante veinte años, era un oportunista con puño de hierro. No era que no tuviera objetivos precisos, sino que sus objetivos ya estaban encarnados. La necesidad suprema consistía en conservar lo que se había hecho, y esto significaba que había que construir un aparato de defensa. Lo que quería conservar a toda costa no eran los principios, ni el movimiento de radicalización; eran las encarnaciones, o, por así decir, la Revolución misma en la medida en que se encarnaba en este país, poder, situación interna y externa, en *particular*. Cuando hacía componendas, las hacía ante todo para conservar esta base. A fin de salvar a la nación que construía el socialismo, estaba dispuesto a abandonar el principio de las nacionalidades. ¿La colectivización? La impulsaría según lo requirieran las circunstancias y con objeto de alimentarla; luego, cuando cayó en cuenta que era necesaria, intentó promoverla a un ritmo tan rápido que los objetivos de los primeros planes no podían cumplirse. Y no titubeó en arrancar trabajo extra a los obreros, ya fuera directamente aumentando las normas, ya indirectamente con el estajanovismo y la restauración del trabajo a destajo. Lo que odiaba en Trotsky no eran tanto las medidas que proponía cuanto toda la praxis en cuyo nombre las proponía. Si Stalin se opuso al inicio a la aceleración de la producción industrial y la colectivización cuando Trotsky abogaba por ella, fue porque comprendía el proyecto total de quien las defendía. Trotsky quería industrializar y colectivizar en aras de una radicalización cada vez más profunda de la praxis revolucionaria; o por lo menos ésa era la *intención* que Stalin veía en Trotsky. Lo que temía era que la revolución fracasara por intentar seguir siendo una dialéctica abstracta de lo universal, justo cuando su encarnación la individualizaba.³

El conflicto entre Stalin y Trotsky

Es obvio que esta actitud nunca se expresó ni en estos términos ni en ninguna otra forma verbal. Pero Stalin veía una diferencia absoluta entre los arreglos prácticos y procedimientos que proponía Trotsky y *exactamente los mismos* cuando él los llevó a la práctica posteriormente. En la primera forma, eran alarmantes porque podían ser el medio gracias al cual la Revolución podía utilizar la situación concreta en la URSS para realizarse a sí misma.

³ *Dialéctica*: la inteligibilidad de la *praxis* a todo nivel. *La razón dialéctica*, cuyo objeto es la *praxis*, contrasta con la razón positivista o *analítica*, apropiada para las relaciones externas que son el objeto de las ciencias naturales.

En la segunda forma, empero, aunque conducían exactamente a las mismas medidas, eran tranquilizantes porque derivaban puramente de las exigencias concretas. La colectivización, tal como la propugnaban Trotsky y la izquierda, era un salto en la oscuridad, una afirmación práctica de que la única estrategia defensiva era una ofensiva en regla. También Stalin era duro y agresivo; también él era capaz de tomar la ofensiva cuando era preciso. Pero le alarmaban tales determinaciones *a priori* de la praxis, la dirección de la temporalización y los esquemas futuros de acción, porque veía la situación en términos de lo que debía conservarse, consolidarse y desarrollarse más bien que en términos de lo que debía crearse.⁴

La diferencia, desde luego, se manifestaba en todos los niveles de la práctica. Es precisamente por ello que la razón analítica es absolutamente incapaz de comprender la lucha, una lucha en que los dos protagonistas sucesivamente, y a veces simultáneamente, adoptaban posiciones similares o estrechamente vinculadas que cada cual presentaba como opuestas a las del otro. Por lo menos al principio, Stalin —en tanto que "centrista" y mediador— aprovechó el conflicto entre la Izquierda y la Derecha, sin intentar entrometerse. La misma derecha se le antojaba abstracta con su falta de confianza y sus principios oportunistas. Lo que quería era un descanso, un movimiento gradual hacia el verdadero socialismo. En breve, con su idea primaria de que a la toma del poder revolucionario tenía que seguirla algún tipo de *evolución*, la Derecha reproducía el deseo que casi todos los bolcheviques habían evidenciado antes de la toma del poder: aminorar el tiempo de una Revolución desenfrenada en un país subdesarrollado. Stalin no representaba ni la evolución posrevolucionaria ni la revolución permanente. No radicalizó la praxis revolucionaria en cuanto tal, porque las circunstancias se oponían: por ejemplo, no titubeó en ampliar grandemente la gama de salarios, a fin de estimular la producción mediante la competencia. Por otro lado, sí radicalizó el esfuerzo constructivo que se exigía de todos.

No bien estas dos praxis —la de Trotsky y la de Stalin con el apoyo de los derechistas— entraron en conflicto, dieron origen a monstruosidades. Estas monstruosidades tienen una cualidad específica, casi privativa de esta lucha particular. Cada facción sugería la misma respuesta a la misma exigencia objetiva. Pero detrás de la similitud de los objetivos inmediatos se ocultaba un desacuerdo radical en cuanto a los objetivos más distantes, y en cuanto al significado mismo de la praxis revolucionaria. Ambas facciones exageraban las diferencias inmediatas entre sus proyectos concretos, para así dar una expresión inmediata —una encarnación tangible— a las profundas diferencias entre las orientaciones prácticas. Así

⁴ *Temporalización*: el desdoblamiento de una praxis.

fue que la mayoría, su determinación reforzada por las provocaciones de la minoría a la que había provocado a su vez, impuso una hipoteca a la designación por su parte del objetivo inmediato y los medios para lograrlo: se rechazaron todos los motivos y objetivos a largo plazo que podían llevar a los *otros* a unírseles. La efectividad de ésta maniobra se debió a la absoluta necesidad de mantener la unidad de los organismos dirigentes pese a los conflictos en curso; en otras palabras, de hacer de la mayoría una unanimidad. De este modo la minoría se desgastaría, pues al cabo de cada debate pasaría el tiempo suprimiéndose a sí misma. O bien tendría que declararse abiertamente como fracción de oposición y —dada la situación tan peligrosa— sería identificada como separatista y "antipartido". Así —como ha dicho Merleau-Ponty— la oposición se definiría a sí misma como traición.

La lucha se dio a todo nivel y en tomo a cada objetivo; pero sólo nos atañe en la medida en que produjo la consigna "socialismo en un solo país". La fórmula era una monstruosidad porque decía más de lo necesario. Falsificaba las exigencias específicas de la situación al darles una unidad sintética que se presentaba a sí misma como basada en objetivos a largo plazo y en la temporalización futura de la praxis en su conjunto, cuando su verdadera motivación se ubicaba de hecho en el presente. Era un modo de decir "no confiemos más que en nosotros mismos", pero incorporaba una fórmula verbal que, aunque no era de hecho más que una maniobra para poner a la minoría en una situación imposible, posaba como una valoración de las posibilidades del socialismo. Si la minoría la hubiera adoptado, hubiera implicado abandonar a priori la idea de que los proletariados del mundo eran interdependientes en la práctica. Más profundamente aún, hubiera implicado reconocer que *todo* (empezando notoriamente con los movimientos obreros de Europa central) debía subordinarse a la defensa constructiva de la URSS. Esto a su vez obviamente significaba que el Partido Soviético tenía que ejercer una verdadera dictadura sobre los partidos comunistas europeos, utilizándolos para movilizar a sus proletariados respectivos en defensa de la URSS aun cuando, en términos nacionales, sus intereses revolucionarios no coincidieran con las necesidades y exigencias de tales tácticas *defensivas*. En otras palabras, significaba decidir que una ofensiva nacional revolucionaria por parte del proletariado europeo —y en última instancia la conquista revolucionaria del poder— no eran necesariamente las mejores maneras de defender la revolución. Significaba admitir que la revolución socialista no podía ser universal e internacional una vez que había dejado de ser ideal, una vez que había logrado la encarnación; que no bien estaba encarnada, estaba de hecho presente en el país individual que la había hecho (y que la continuaba, a través de las tareas particulares que le imponían sus propias estructuras y la historia). Pero reconocer esto implicaba precisamente un rechazo del

occidentalismo, el universalismo y la suposición de que los proletariados de los grandes países industrializados habían alcanzado un grado mayor de emancipación que el muy joven proletariado de la URSS y de que, una vez que tomaran el poder, poseerían tal poder económico y técnico que se convertirían en los verdaderos animadores de la revolución internacional. Significaba renunciar al internacionalismo y a la "revolución permanente".

Esa era la trampa. Tanto Trotsky como Stalin reconocían las exigencias de la situación: no podía haber desacuerdo respecto de estas exigencias objetivas. Pero, al presentarlas en forma de dogma, la mayoría forzó a Trotsky a elegir entre abandonar sus principios prácticos y rechazar el contenido práctico del dogma (que, sin embargo, aceptaba como respuesta a las exigencias temporales de la situación). Stalin formuló ineptamente lo que podría llamarse un radicalismo particularista en oposición al radicalismo universalista. Y, por supuesto, este objeto monstruoso no quedó confinado al nivel de las formas verbales; en la medida en que determinó la propaganda, los rasgos permanentes de la praxis y un futuro particular, se le puede ver como una institución.⁵ De hecho se convirtió en la matriz para la institucionalización de la revolución rusa: conservar *también* significa consolidar y, en términos sociales, consolidación significa estratificación.

Volveremos a este punto. Pero en este nuevo *objeto* ya podemos detectar la coexistencia implícita del stalinismo y el trotskismo. La verdadera relación entre la URSS y los proletariados occidentales, en un futuro más o menos distante, se hubiera podido dejar *irresoluto* —por el simple hecho de que para los líderes soviéticos era objeto de genuina ignorancia. La formulación dogmática, sin embargo, incorporó el internacionalismo revolucionario de Trotsky como *posición rechazada*. Por lo demás es imposible que la razón positivista *comprenda* la presencia de Trotsky en una formulación que lo niega, pues, en su síntesis indisoluble, el presentido y la negación interior representan la encarnación individual de un conflicto pluridimensional, es decir su totalización en el objeto *por los dos protagonistas*.⁶

II. LOS CONFLICTOS DE LA SOCIEDAD SOVIÉTICA EN SU CONJUNTO

Pero el conflicto en sí era una totalización, a través de los protagonistas, de una contradicción en la praxis común del partido. Esta contradicción a su vez interiorizaba la oposición real, pero menos concentrada y más dispersa, que producía y vivía la sociedad

⁵ *Institución*: (o grupo institucional): un grupo que se desarrolla a partir de un grupo *juramentado* a través de la osificación de sus estructuras y el surgimiento dentro de él de la *soberanía* y la *serialidad* (véase nota 7).

⁶ *Totalización*: el proceso en desarrollo constante de entender y hacer la historia.

misma, conforme derrocaba instituciones anacrónicas. Pese a la integración lograda por el régimen, obviamente es *imposible* tratar a la sociedad soviética como un grupo institucional.⁷ La desgajaban las luchas, las divisiones práctico-inertes, etcétera.⁸ En todo caso, no se ha comenzado siquiera a tener la experiencia de la unidad social.⁹ Si tal cosa existe, obviamente debe de ser algo diferente de la unidad de grupos. Pero, sea cual sea la forma específica de las luchas, conflictos armados, serialidades y relaciones de grupo en una sociedad dada, lo que nos interesa aquí es la interiorización totalizante de esa diversidad por el partido y su liderazgo, es decir por el grupo soberano.¹⁰

La Revolución Rusa y el Comunismo Internacional

1. Si un historiador positivista se intentara explicar la consigna stalinista con base en la debilidad y el aislamiento de la URSS en 1925-30, y creyera que éstos se *sufrieron pasivamente*, no comprendería el punto crucial del asunto. Por supuesto, todos sufrieron pobreza, todos sufrieron aislamiento. Pero *al mismo tiempo* estas condiciones eran *productos* de la praxis revolucionaria. Más aún, en la medida en que se les produjo y mantuvo con vistas a trascenderlos, representaban un momento de la praxis misma. La pobreza, la escasez de técnicos y cuadros, el hecho de estar cercados: estos eran peligros mortales para la Revolución, pero también *eran la Revolución* misma gestándose en una situación específica. Los aliados hubieran dado ayuda a una democracia burguesa que intentara continuar la guerra; en tanto que burgueses, hubieran simpatizado con el derrocamiento del zarismo. El Tratado de Brest-Litovsk y la toma del poder por los bolcheviques fueron actos que acarrearón la guerra civil, el bloqueo económico y el cerco, y no sólo como condición pasiva, sino también en tanto que *producidos* por una praxis con objetivos a largo plazo. La pobreza de Rusia en 1924, la falta de cuadros, el cerco: esto era el progreso de la Revolución misma. Lenin sabía lo que hacía cuando tomó el poder, como también lo sabía el partido bolchevique: su praxis se constituyó teniendo que pasar por este ojo de aguja para llegar allende.

Lo que quizá mencionaban menos frecuentemente los revolucionarios soviéticos —aunque aceptaban los resultados—era que la Revolución Rusa en sí, en tanto que praxis, fue hasta cierto punto responsable del descaecimiento y la desunión del proletariado occidental. Había

⁷ Grupo: un conjunto en que cada uno de sus miembros es determinado por los otros en reciprocidad; contrasta con la *serie*, cada uno de cuyos miembros es determinado en *alteridad* por los otros.

⁸ *Práctico-inerte*: materia en que la acción de la *praxis* pasada continúa por sí misma.

⁹ *Experiencia*: el proceso de entender la Historia en tanto corresponde al proceso histórico mismo.

¹⁰ *Grupo soberano*: el elemento gobernante en una *institución* o grupo institucional.

estimulado numerosas sublevaciones abortadas: en Hungría, en Alemania y, ante todo, en China. Un conflicto debilitante había surgido en todas partes entre la socialdemocracia (que de inmediato traicionó a la clase obrera y representó los intereses de una "élite" de pequeñoburgueses y obreros calificados) y el nuevo partido que se identificaba con la URSS. Finalmente, una burguesía asustada reaccionó con violencia y varias democracias burguesas se transformaron en Estados fascistas. En otras palabras, la Revolución encarnada en el centro del mundo, en tanto que praxis a largo plazo determinada por circunstancias materiales específicas, no podía desarrollarse sin producir por ello mismo —al contrario de los proyectos de sus dirigentes— la impotencia de los proletariados extranjeros. En este sentido, la encarnación de la Revolución contradecía directamente su universalización. Esta situación a su vez —como consecuencia práctica de la toma del poder— influía en las relaciones entre la URSS y los proletariados extranjeros. Aquí la contradicción se debía al hecho de que la Revolución proletaria en la URSS, en lugar de ser un factor de liberación y emancipación de las masas trabajadoras de Europa —como *debía* haber sido—, se logró reduciendo a éstas a una relativa impotencia.* Una vez interiorizada, esta contradicción tomó la forma de un conflicto: el conflicto mismo que describíamos.

Por un lado, el gobierno revolucionario de hecho se encontraba en la obligación práctica de prestar toda la ayuda posible a los proletariados extranjeros, aun cuando no pudiera esperar ningún beneficio de ello. Por otro lado, la relativa debilidad de estos proletariados, el poderío de los regímenes burgueses y las amenazas de guerra y de bloqueo económico empujaban a los soviéticos a ser extremadamente cautos. Ayudar a un proletariado en su lucha revolucionaria podía en efecto decidir a otros proletariados a actuar. Pero como se hallaban paralizados por sus divisiones, el único resultado previsible bien podía ser un reagrupamiento de las potencias capitalistas y la guerra. La URSS no podía ganar una guerra tal en las circunstancias que prevalecían; en todo caso, no podría por menos que impedir la construcción socialista, fuera cual fuera el resultado de la contienda. Esta dificultad no se resolvería jamás: dados los poderíos relativos de la URSS y las democracias burguesas, *de hecho* era insoluble. Con incontables traiciones, Stalin, pese a todo, sí ayudó a los chinos,

* Hay muchos otros factores (cambios técnicos, etcétera) que pueden dar cuenta de esta impotencia. Pero lo crucial es que siempre se *reagruparon* en relación a la Revolución Rusa. En Francia, el progreso de la industrialización y el malthusianismo bastan para explicar las divisiones de la clase obrera. Pero la violencia de los conflictos internos se debió precisamente al hecho de que inicialmente eran divisiones técnicas y gremiales que se enredaron con antagonismos *políticos* cuya significación subyacente *era siempre* la diferencia de actitudes hacia la Unión Soviética. Desde luego que aquí nos estamos refiriendo a la Unión Soviética en la primera fase de la Revolución. Más tarde la URSS sería causa directa o indirecta de acontecimientos de crucial importancia como la derrota del nazismo, el triunfo del comunismo en China y el surgimiento del Tercer Mundo. Pero no hay por qué tomarlos en cuenta aquí; aunque ya existían en germen en aquel momento, aún no surgían explícitamente.

españoles, etcétera, tanto como le parecía *posible* sin suscitar la intervención armada de Occidente. Y el mismo Trotsky exiliado llamó a los proletariados del mundo a defender a la URSS si era atacada, porque —pese a todo— los cimientos del socialismo ya existían allí.

Desde este punto de vista, el "socialismo en un solo país" fue el fruto de la reflexión de la praxis revolucionaria a propósito de los efectos y contradicciones que había generado. Sintéticamente, y enfocando el dogma a través de la interiorización de estos resultados contradictorios por parte del partido bolchevique, puede ser visto en su inteligibilidad como un intento por deshacerse de la hipoteca del internacionalismo al mismo tiempo que se conservaba la capacidad de la URSS para prestar ayuda a los partidos revolucionarios extranjeros de acuerdo a sus medios y a los riesgos que significaba. Pero el lazo de reciprocidad se rompió conscientemente. Si la URSS podía construir el socialismo, en realidad no *necesitaba* ayuda extranjera. Y si todavía tenía que intervenir —cuando podía— para ayudar a los revolucionarios en peligro en los países capitalistas, ésta era su misión, su "generosidad". En suma, los dirigentes no se ataban las manos. La consigna *teorizaba* la necesidad práctica.

Si la izquierda trotskista hubiera estado en el poder no hubiera adoptado la consigna. Con todo —descontando los factores personales, que aquí son menos importantes que en otros casos—, su política hacia los PC europeos y asiáticos sin duda no hubiera diferido mucho. En todo caso, hubiera sido necesario que esta praxis produjera su propia justificación teórica; en otras palabras, y en los términos de nuestra discusión previa, su propia *idea de sí misma*.¹¹ Una idea tal que no se hubiera expresado, desde luego, en el slogan "socialismo en un solo país". Pero hubiera contenido la misma contradicción, aun cuando a la inversa, por así decirlo. Hubiera comenzado por afirmar la radicalización y universalización, pero les hubiera impuesto límites a causa de las circunstancias. Sin duda que una "ideación" tal de la praxis podría describirse como más cercana a la realidad, más *verdadera*; pero entonces habríamos suprimido, en aras de nuestro argumento, el otro término del conflicto. En la ausencia de una Izquierda radical, también Stalin hubiera sin duda dado una interpretación más veraz de la praxis totalizante. Recíprocamente, si nos imaginamos una mayoría dirigida por Trotsky en conflicto con una minoría stalinista, la situación hubiera obligado a Trotsky a formular su praxis de manera *provocativa* a fin de forzar a Stalin y sus aliados a capitular o afirmar su traición.

¹¹ *Idea*: la inteligibilidad que cualquier exterioridad recibe adjudicada como resultado de su interiorización por la praxis.

El pasado zarista

2. El conflicto involucraba *a gente*, es decir seres prácticos, irreductibles a ideas e incluso a actividad común (hiperorganismo).¹² Pero se habían convertido en *individuos* comunes, de modo que su individualidad particular como organismos prácticos libres era también, como sabemos, una trascendencia perpetua de las exigencias inertes de su juramento y la realización de ellas en cada situación concreta.¹³ Si ahondamos en las circunstancias que los dividieron como individuos comunes, es decir como miembros de un partido integrado en el que detentaban posiciones determinadas por el grupo en conjunto en el curso de luchas pasadas, entonces la situación básica que mantenía y producía estos conflictos adquiere una solidez *histórica*: en tanto que totalización diacrónica del pasado por el presente. El aislamiento de la URSS después de la Revolución no fue tan sólo lo que hemos visto que fue —el resultado, buscado tanto como sufrido, de una *praxis revolucionaria* (buscado en la medida en que habla una revolución, y como repudio al dominio burgués en los *propios países extranjeros*; sufrido en la medida en que las reacciones al repudio hacían peligrar la Revolución). En breve, el aislamiento de la URSS no puede simplemente identificarse con el aislamiento del primer país socialista rodeado por las potencias capitalistas. Si, como Marx a veces preveía, Inglaterra hubiera sido el primer país en hacer la revolución, el resultado hubiera sido un aislamiento socialista *diferente*, debido a la insularidad de Inglaterra, el nivel del desarrollo de la técnica industrial y, desde luego, muchos otros factores. A Inglaterra se la habría cercado de *otro modo*. El aislamiento soviético fue ante todo el de una monstruosidad: un país subdesarrollado que sin transición pasaba del sistema feudal a las formas socialistas de producción y propiedad. Esto nos refiere de inmediato al pasado, al zarismo, a la estructura económica del país antes de 1914 y a las inversiones extranjeras (que sí explican la hostilidad particularmente violenta de ciertos grupos económicos y financieros hacia los soviets). Pero lo que se hallaba en la raíz de estas relaciones externas era fundamentalmente la historia económica y social de Rusia en su conjunto, vista en términos de la situación geopolítica (en la medida en que esto influía en las transformaciones históricas, que a su vez influían en él).

No debe preocuparnos el introducir una perspectiva diacrónica en este momento, aun cuando aún tenemos que someterla a la investigación crítica. Pues no estamos tratando de adaptarla a las realidades sincrónicas, sino simplemente mostrando cómo —de manera que

¹² *Hiperorganismo*: colectividad cuya actividad sería independiente de la acción individual.

¹³ *Individuo común*: miembro de un *grupo*. *Juramento*: acuerdo que gobierna el reparto organizado de derechos y deberes entre los miembros del *grupo juramentado*, que se desarrolla a partir de un *grupo* en fusión (un grupo recién formado, directamente opuesto a la serie, y no estructurado).

queda todavía por definir— la perspectiva diacrónica constituye su fondo. Lo que importa es que la relación de Rusia con Europa occidental la vivió el pueblo ruso a través de una historia que produjo el imperio zarista como una mediación gigantesca entre Asia y Europa, y como una síntesis constantemente impugnada de los pueblos europeos y asiáticos. A veces esta relación cambiante se movía de lo positivo a lo negativo o a la inversa. A veces aparecía como una unidad variable de dos actitudes contradictorias (en la medida en que se producía en Rusia y por el pueblo ruso): por un lado, fascinación con técnicas, regímenes o culturas extranjeros (que siempre estaban más avanzados que en el imperio ruso) y, por consiguiente, un esfuerzo constante de las clases dirigentes y los intelectuales por asimilar los logros europeos; *por otro lado*, una desconfianza y un particularismo que estaban basados en las diferencias radicales entre los dos sistemas, sus relaciones de producción respectivas y sus "superestructuras" (lo que significa sobre todo diferencias religiosas).

Desde este punto de vista, el conflicto que hemos venido tomando como ejemplo adquiere su propia densidad histórica. Una ideología y práctica universalista, nacida en los sitios más altamente industrializados de Europa e importada por los círculos intelectuales revolucionarios a fines del siglo XIX a un país cuya estructura económica y geopolítica parecería definirlo, según el propio marxismo, como una *peculiaridad*, —en otras palabras como un país tan "atrasado" que la práctica marxista (movilización de las masas trabajadoras, etcétera) aparentemente no podía desarrollarse allí, sin por lo menos una gran modificación. El zarismo, emperchado sobre una burguesía que se encontraba al principio de su desarrollo, mantenía su dominio por medio de métodos policíacos que sólo permitían la lucha clandestina (es decir, a primera vista, el *opuesto* mismo a la acción de masas). La experiencia marxista, en cambio, era de lucha abierta (aun si la represión forzaba a veces a las organizaciones a reconstituirse clandestinamente). Era la experiencia de un proletariado generado y desarrollado por la industrialización, en el contexto de democracias que se formaron y evolucionaron bajo la presión de esa misma industrialización. La adaptación del marxismo, por tanto, implicaba su *particularización*, puesto que estaba llamado a guiar la praxis revolucionaria en un país con un proletariado deleznable y donde la mayoría de la población estaba vinculada a la agricultura.

El destino del marxismo ruso

Sin embargo, en tanto que doctrina y estrategia para intelectuales, emigrados y militantes obreros, el marxismo ruso siguió siendo universalista y abstracto hasta 1917. Tras la Revolución, se convirtió en la base de la cultura de masas. Se le implantó sistemáticamente

en el *pueblo* ruso, de manera tal que dependía tanto de la educación (en la medida en que esto lo definía la praxis de los dirigentes) como del crecimiento uniforme de las concentraciones obreras, en otras palabras, del drenaje del campo hacia las fábricas. Estos obreros en bruto, creados tan apresuradamente y todavía tan cercanos a la vida del campo, transformaban el marxismo conforme lo absorbían. El marxismo quedó *encarnado* como cultura nacional y popular, mientras que en Europa todavía era tan sólo el movimiento teórico-práctico de la historia. Para adoptar la terminología hegeliana —cuyo idealismo es demasiado evidente para ser peligroso—, se convirtió en el espíritu *objetivo de un pueblo*. Se convirtió en un dogma, precisamente en la medida que le permitía a estos campesinos mixtificados echar por la borda todo dogma. Se vulgarizó conforme hacía de ellos individuos más sofisticados. Se enajenó en ellos, al mismo tiempo que los liberaba.¹⁴ Se fossilizó, conforme ellos lo trascendían y recreaban en cada desciframiento sistemático de su experiencia. Cuando quedó encamado, su carácter fundamental de "realización de la filosofía" sirvió para darle nueva preponderancia, a ojos de todos, como la *realidad constantemente renovada y vivida de las masas soviéticas*.

El marxismo universalista de Occidente fue subordinado, en nombre de sus propios principios, al marxismo particularista, un producto destilado por el pueblo ruso y por la Revolución conforme ingresaba en su fase constructiva. Esta fue la primera inversión: la universalidad, encamada y por ello particularizada, se convirtió en la verdad del universo abstracto. A Rusia le tocaba abrigar en sí a los movimientos revolucionarios de Occidente, puesto que la Revolución Rusa había conseguido *ya el poder*, mientras que ellos no. La enorme transformación histórica de la sociedad rusa transformó el marxismo, en la medida en que hizo de él la ideología de esta transformación; en otras palabras, en la medida en que la praxis lo dotaba de riesgos nuevos. Lo universal subordinado a la particularidad y contenido en ella, dirigido y transformado de conformidad con las transformaciones de esta historia particular: a nivel teórico y cultural, tal era ya la realidad objetiva de la consigna "socialismo en un solo país". A este nivel el conflicto era muy claro. Encamado como la cultura de un país subdesarrollado, el marxismo en tanto que conjunto teórico-práctico partió su unidad de dialéctica universalista en dos universalidades particulares. La de los *varios* movimientos revolucionarios occidentales se convirtió en una universalidad abstracta, y se le denegó el derecho a interpretar dialécticamente la historia soviética, en tanto que proceso histórico *ordinario*. Su especificidad era la de una *abstracción* rezagada

¹⁴ *Enajenación*: la condición en que lo otro o lo *práctico-inerte* se apoderan de la praxis libre y la controlan.

respecto del desarrollo histórico y concreto del marxismo *en la URSS*, ya recibiendo elucidación de éste o iluminándolo mediante investigación. La especificidad del marxismo ruso, en cambio, consistía en enajenarse a sí mismo en la historia de la URSS precisamente en la medida en que se objetivaba en ella. En este sentido, la consigna del "socialismo en un solo país" era tanto la definición de este marxismo enajenado, objeto de la historia más que elucidación de la misma, cuanto su primer producto teórico-práctico, la primera determinación de esa cultura en bruto.

Desde luego que esto no hubiera sucedido de haber existido una secuencia de revoluciones que diversificaran las encarnaciones del marxismo, restaurando su universalidad viva y concreta mediante las nuevas contradicciones. Es así como el aislamiento histórico y revolucionario de la URSS, el descaecimiento de los movimientos revolucionarios, el cerco capitalista, la particularización del marxismo por las masas soviéticas y la liberación de éstas por un marxismo enajenado, son todas determinaciones específicas, cada una de las cuales expresa a todas las demás. Es a este nivel que volvemos a encontrar la determinación básica del hombre soviético, readoptada como actitud práctica: el nacionalismo aceptado y exigido a través del socialismo, el particularismo interiorizado como encarnación de lo universal y la combinación de orgullo nacional (el pueblo que guía a los demás) con una clara conciencia de inferioridad técnica (la firme insistencia de Lenin en la necesidad de aprender de los técnicos norteamericanos expresa la universalidad de forma modificada diferentemente). Desde este punto de vista, el resultado de la destrucción de la oposición de "izquierda" no fue eliminar la contradicción que producía a estos hombres particulares, sino más bien definir más y más claramente al stalinismo en la medida en que reproducía en su seno la contradicción.

Del mismo modo, el exiliado Trotsky recreó el universalismo abstracto del marxismo a través del trotskismo. Pero no erradicó del todo la contradicción, y las oscilaciones y titubeos de su actitud hacia la URSS mostraron que el trotskismo todavía era incapaz de concebir la sociedad soviética en el proceso de construcción como algo más que una desviación que ocurría *a partir de la encarnación real*. (Aun cuando la burocracia había de despojarlos de sus derechos, los cimientos del socialismo se habían echado; es significativo que Trotsky utilizara el título "la Revolución *Traicionada*" para una de sus obras.)

La producción del "Hombre Soviético"

En este sentido, los orígenes del conflicto entre la Tercera y la Cuarta Internacionales residía en la tensión que existía antes de la primera guerra mundial entre los intelectuales

emigrados y los militantes que operaban en Rusia. La lucha interna nació de esta tensión, y la incorporó, transformándola y radicalizándola y dándole pleno sentido. En la medida en que Stalin y la burocracia stalinista se convirtieron en los instrumentos de esta particularización de lo universal en la URSS, el hombre soviético, en tanto que producto de una praxis particularista y de la penetración del marxismo en las masas, *se reconocía a sí mismo en sus dirigentes*. En cambio, los revolucionarios europeos —que al mismo tiempo deseaban adoptar a la Revolución Rusa como movimiento histórico crucial y transformación universal, y conservar la autonomía de los proletariados europeos en el contexto de una Internacional de viejo cuño (universalista)— reconocían sus demandas prácticas en la actividad de Trotsky. En realidad el trotskismo era, hasta cierto punto, un intento de la Europa revolucionaria por escapar al ascendiente soviético. De hecho, *los trotskistas* —los militantes comunes y corrientes— eran "occidentales". Pero todavía no se trascendía la contradicción; ni de hecho se *podía* trascender. Pues la práctica entera de la Cuarta Internacional estaba determinada por el conflicto entre dos facciones dirigentes de la Revolución Soviética, primero dentro de la URSS, luego a ambos lados de la frontera, pero siempre *en relación* con la Revolución en tanto que encarnada.

Desde este punto de vista, la consigna del "socialismo en un solo país" define al hombre soviético, como se le produjo y como se produjo a sí mismo, teórica y prácticamente, entre las dos guerras. La sobredeterminación de este *objeto* —las marcas que ambos protagonistas dejaron en él— se convirtió en determinación pura. En otras palabras, desde el punto de vista del grupo entero (el partido y los no miembros que combatían a su lado en la URSS), desaparecía la brecha sobre-significante entre las exigencias de la praxis y el dogma que definía la solución práctica. Se convirtió en la significación simple de cómo ese país todavía tradicionalista, con su población analfabeta, absorbía y asimilaba al mismo tiempo el derrumbe de sus antiguas tradiciones; un retiro tradicional en sí mismo; y la adquisición de nuevas tradiciones, mediante la absorción gradual de una ideología internacionalista y universalista que ayudaba a los campesinos absorbidos por la industria a comprender la transición del trabajo rural al de fábrica.¹⁵

La consigna era un falseamiento porque representaba, al nivel del conflicto entre dirigentes, el producto de actividades opuestas. Desde el punto de vista del partido (esto es, de todas las condiciones objetivas en tanto que interiorizadas por una retotalización sistemática), esta deformación era en *sí misma* una significación práctica *comprensible*, en toda su tosca

¹⁵ *Significación*: el carácter de reconocible de toda *materia trabajada* para una *praxis* cualquiera (véase nota 25).

crudeza —y falsedad. Representaba la reencarnación del marxismo, a través de hombres a cuyo feroz voluntarismo y joven barbarismo daba expresión, simplemente merced a las desviaciones que recibía y transmitía. Esta monstruosidad, ininteligible como idea verbal o principio teórico-práctico, era comprensible como acto de totalización que reunía y unificaba, en ese momento específico de acción, la teoría y la práctica; las honduras tradicionales de una historia todavía enajenada y el movimiento de liberación cultural; el movimiento negativo de retracción y el movimiento positivo de esperanza. Su individualidad como desviación ideológica era la de una totalización totalizada, puesto que expresaba y al mismo tiempo fortalecía la praxis revolucionaria en la individualidad histórica de su encarnación, esto es, en la particularidad de sus tareas objetivas, tanto en el seno de la comunidad en construcción como externamente en el terreno práctico.

Las vicisitudes *de la praxis*

De modo similar, la teoría del oro como mercancía es comprensible en tanto que idea de una práctica monetaria particular en la época de la explotación de las minas peruanas.¹⁶ Esto no quiere decir que la idea sea verdadera u obvia o, para volver a nuestro ejemplo, acorde con los principios del marxismo. Ni siquiera significa que tenga una "validez" a largo plazo, en el sentido de ser eficaz sin producir demasiadas contra-finalidades.¹⁷ Pero el historiador la integrará en un solo acto de totalización porque no la verá como una afirmación científica, sino como a la praxis misma descarriándose y perdiéndose, y sólo para encontrar de nuevo su camino al final a través de sus propias contradicciones, es decir a través de los conflictos entre los individuos comunes. En la medida en que los *factores* que toman parte de una totalización en desarrollo son diversos, se debe reconocer a cada uno de ellos como una expresión particular de esta totalización. Así la comprensión consistió en concebir cada factor como una perspectiva, tanto individual como objetiva, del todo en desarrollo; y en totalizar esas perspectivas en una totalización que se individualiza en cada uno de ellos, y que es una síntesis amplia pero individual de todas esas individualizaciones. Y, claro, es preciso dar una consideración complementaria a la consigna (o cualquier producto similar) en su desarrollo como *proceso*. Se endureció a causa de su larga duración (por su pasado; por las estratificaciones que coadyuvó a producir y que la apoyaron) y derivó su permanencia osificada de la inercia del lenguaje y de la pasividad juramentada que caracteriza a los individuos comunes. Como tal ejerció poderes, desarrolló sus contra-finalidades y coadyuvó a

¹⁶ Véase *Crítica de la razón dialéctica*. Ed. Losada, Buenos Aires. 1970, libro I, pp. 305-11.

¹⁷ *Contra-finalidad*: frustración de los objetivos de una práctica por lo práctico- inerte.

crear lo práctico-inerte de la actividad constructiva, tanto en el partido como en la nueva sociedad. Aún no estamos preparados para ocuparnos del nuevo problema de la relación entre las varias dialécticas y la antidialéctica; pero nuestra investigación nos llevará en breve a ese punto.¹⁸

Lo que hemos querido demostrar es que, en el seno de un grupo, el sinsentido de cualquier producto dado de conflictos secretos aparece en un nivel en que al producto lo ha constituido no una acción (o un conjunto de actividades coordinadas organizadas en torno a un objetivo común), sino *por lo menos dos* acciones, cada una de las cuales tiene tendencia a cancelar a la otra, o al menos a convertirla en un medio para destruir al otro agente. Este desde luego, es el nivel en que las prácticas se producen en su realidad concreta: grupos de gente determinando sus actividades por sí mismos conforme a la situación. Sin embargo, estas personas han sido producidas *en tanto que individuos comunes* en el seno del grupo en su conjunto; sus disputas —como la anti-praxis que conduce al producto en cuestión— las dirimen en el marco de una unidad fundamental (como líderes del partido bolchevique, por ejemplo, obligados una vez que se tomó el poder a emprender la tarea urgente de conservar lo que se había ganado construyendo la sociedad del futuro).¹⁹ En cuanto tales, disfrutaban también del apoyo de todos los individuos comunes (en los diversos niveles de la organización jerárquica) en la medida en que éstos constituyen *el grupo*. En la primera fase de la lucha, ambos protagonistas disfrutaban de este apoyo simultáneamente. Esto es así porque todo individuo es común, a través de su juramento de mantener la unidad del grupo totalizante. También se debe a que el conflicto expresa —en la forma de una contradicción pública real— la contradicción implícita y no tematizada que opone a cada individuo consigo mismo en su intento por interiorizar las dificultades objetivas de la praxis común. Desde este punto de vista, el grupo apoya las monstruosidades que engendra la antipraxis, con su propia actividad común. Es el grupo el que determina finalmente si serán viables o nacerán muertas.

Cuando un grupo apoya una monstruosidad tal —cuando la adopta y realiza detalladamente en su propia praxis— esta misma praxis es inseparable de la *comprensión*. Cada individuo común y cada subgrupo apoya y nutre la monstruosidad, en la medida en que se presenta como la trascendencia práctica e inteligible de sus contradicciones. Esto ciertamente no significa que tal trascendencia sea una síntesis y solución genuina de las dificultades objetivas. Sin embargo, la monstruosidad se vuelve comprensible, en y a través de las contradicciones que todos han interiorizado, como su re-exteriorización en una actividad.

¹⁸ Antidialéctica: el resultado de que lo práctico- inerte vuelva contra sí misma a la praxis.

¹⁹ Antipraxis: acción incontrolable de lo práctico- inerte como resultado de su integración en praxis antagónica.

Pues la contradicción está implícita y envuelta en cada uno. Ocurre como factor que determina la comprensión (entre otros aspectos); en otras palabras, como limitación invisible a la libertad y familiaridad inmediata con el producto.

En el caso que nos ocupa, la limitación se debió a la necesaria vulgarización y particularización del marxismo como primera fase de una cultura. La particularización y vulgarización de lo universal eran la contradicción en Si, pero envuelta, porque al mismo tiempo expresaba el nivel de cultura de todos, es decir su familiaridad implícita, jamás *vista o* mediada, consigo mismos. Pero en este marco negativo incapaces al principio de ver lo absurdo de la consigna "socialismo en un solo país", ellos reconocían su lado positivo. Aun cuando es cierto que la situación en abstracto no conllevaba necesariamente este dogma, y aun cuando es abstractamente posible que la propaganda se base en razones más modestas para alentar esperanza y actuar, todo cambia en cuanto se toma en cuenta a los individuos concretos que crearon el nuevo marxismo y que, en nombre de las ideas mismas producidas en ellos por su educación marxista, reclamaban para sí la certidumbre absoluta. Para ellos, se había trascendido el momento negativo. Seguir con la Revolución significaba construir un orden nuevo, Como Trotsky diría: "las masas necesitaban respirar". Esto significa que su cultura simplista les impedía conceder ningún valor *positivo a* la eliminación sistemática de las trazas del viejo orden. A sus ojos, el viejo orden ya había desaparecido.

De modo que no era la *situación* la que requería este objeto, sino los hombres que la vivían. Pero como lo creaban conforme lo vivían, sería más exacto decir que las exigencias abstractas de la situación se hicieron más precisas y adquirieron significaciones (con frecuencia contradictorias) conforme se convirtieron en exigencias concretas a través de la gente viva. Este *producto* se volvió inteligible en términos del grupo totalizador *en la medida* en que lo reconocían y apoyaban los individuos comunes; en otras palabras, en la medida en que lo reproducían como respuesta a sus propias exigencias. Esto es precisamente con lo que contaba el grupo que ejecutaba la maniobra; quería ser *portado* en su operación por la participación de todos.

También existe, desde luego, el caso en que el conflicto lo adopta el grupo entero por cuenta propia; cada individuo común pertenece a un campo o al otro. En tales circunstancias, aquella inteligibilidad como producto tiende a desaparecer. Pero esto significa que la escisión es inminente. De hecho, si uno de los subgrupos restaurara la unidad destruyendo al otro, el grupo, como hemos visto, tendría que ser un mediador permanente. Esto presupone precisamente que se conserva la integridad esencial de la comunidad práctica; esta integridad es la que hace inteligibles los productos de la antipraxis.

Efectivamente, se han convertido en los instrumentos elegidos con los que el grupo actúa sobre sí mismo.

III. LA VERDAD DEL "SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS"

Aunque estas consideraciones nos llevan al borde de la totalización diacrónica, hay que decir algo más. Si la monstruosidad sobrevivió, fue para reorganizarse a través de la praxis común, perder su inteligibilidad inmediata e integrarse en una nueva inteligibilidad. La praxis había de reestablecer su verdad práctica corrigiendo sus propias desviaciones, y la corrección se originó en las desviaciones mismas. Sin embargo, lo irreversible de la temporalización excluía que el reloj diera marcha atrás. De modo que la corrección hubo de hacerse mediante una trascendencia enriquecedora que conservaba la desviación al mismo tiempo que la dotaba de verdad, a través de un sistema bastante complejo de agregados, desarrollos, compensaciones y transmutaciones.

"Socialismo" y "Comunismo"

La consigna del "socialismo en un solo país" contuvo originalmente algo indeterminado, debido a la considerable ambigüedad de la palabra "socialismo". En los escritos marxistas, de hecho, las palabras "socialismo" y "comunismo" se utilizaban por igual para designar un orden social específico, la sociedad que el proletariado tenía por tarea construir en el futuro. De este modo, la palabra "socialismo" connotaba la destrucción y abolición del Estado, la eliminación de las clases y la propiedad de los instrumentos de trabajo por parte de los trabajadores. Sin embargo, también la socialdemocracia reclamaba la palabra para sí, si bien esperaba alcanzar la sociedad socialista como resultado de una larga evolución reformista. Por consiguiente, el término "socialismo" sufrió un ligero cambio y se utilizaba a veces para denotar las ilusiones reformistas de la socialdemocracia. En tal situación, el término "comunismo" tenía la ventaja de poseer una mayor precisión; denotaba el orden social en cuestión precisamente en la medida en que sólo se lo podía lograr mediante la Revolución. Fue así como la palabra "socialismo", como se la usaba en la familiar consigna, difería del "comunismo" en que era un tanto indefinida.

Pero antes de mucho se agudizó la diferencia *semántica*; se convirtió en una diferencia en la *estructura* de los objetos denotados, y en los momentos de su temporalización. En otras palabras, "socialismo" adquirió gradualmente un nuevo sentido. Se convirtió en *lo que*

precede al orden comunista o, si se quiere, en la transición del capitalismo al comunismo.* Este orden transitorio, sin embargo, es *subsecuente a la toma revolucionaria del poder*. Lo caracteriza una transformación necesaria y fundamental de las relaciones de producción en que la sociedad en su conjunto se apropia de los medios de producción. Pero el Estado sobrevive, como órgano a través del cual el proletariado ejerce su dictadura. Esto significa, por supuesto, que las clases no han sido eliminadas; lejos de ello. En particular, los representantes de las clases opresoras, ocultos en las profundidades de la nueva sociedad, se unen para formar fuerzas contrarrevolucionarias. En una fase posterior, Stalin ni siquiera titubearía en decir que los conflictos de clase se agravan conforme los logros socialistas crecen en número e importancia. Un régimen de esta índole, hostigado por enemigos internos y externos, y caracterizado por un fortalecimiento del aparato estatal justo cuando las transformaciones de la propiedad preparan el camino a la erosión gradual de este aparato, no puede por menos que estar desgarrado por las contradicciones. Y de hecho los marxistas oficiales eventualmente llegaron a mencionar el tema de las "contradicciones del socialismo". Conforme el término "socialismo" adquiría estos usos nuevos, bajo la presión de las circunstancias, cambió de sentido; se le utilizaba para referirse más estrechamente (pero todavía inadecuadamente) al orden particular que se estaba estableciendo en la URSS, y que se proclamaba transitorio.

¿Acaso significaba esto un simple retroceso y la modificación de la noción del "socialismo" al grado que ya no denotaba más que lo que previamente llamamos un "orden presocialista"? No: la construcción misma de la palabra "presocialista" incorpora un serio error de juicio. Pues en un sentido hay tan sólo un orden presocialista, y es el capitalismo —simplemente porque viene *antes*. Pero una vez que ha ocurrido la revolución proletaria, el socialismo ya *existe*. Pues su característica fundamental *no* es la abundancia, *ni* la eliminación total de las clases, *ni* la soberanía de los trabajadores, aun cuando estos rasgos sean *indispensables*, al menos como objetivos distantes de la transformación esencial. La característica es la supresión de la explotación y opresión o, en términos positivos, la apropiación colectiva de los medios de producción. Ahora bien, a pesar de la pobreza de un país estragado por la guerra y la destrucción de su planta industrial, esta apropiación se efectuó en cuanto los soviets tomaron el poder. Más aún, nunca se la puso en tela de juicio subsiguientemente, sea cual sea la

* Se pueden encontrar distinciones similares en varios autores, aun antes de 1914. Pero en ese tiempo su aplicación era puramente lógica y filosófica. Se distinguían los términos para propósitos teóricos. El cambio sobrevino cuando, en nombre del dogma del "socialismo en un solo país", la distinción entre "socialismo" y "comunismo" adquirió una aplicación práctica y popular pues se la utilizaba para denotar los estadios en la evolución de la sociedad soviética.

importancia que se le conceda al surgimiento de una capa burocrática que se apropia una porción considerable del excedente. La única amenaza real que enfrentaba era la que le planteaba a la sociedad soviética en su conjunto el cerco y bloqueo capitalista, y las actividades del enemigo interno.

De modo que el orden establecido en la URSS era realmente socialista. Pero lo caracterizaba la necesidad práctica (una necesidad de libertad) de desaparecer o bien de convertirse en lo que era al costo de un esfuerzo enorme y doloroso. La apropiación colectiva de ruinas bajo amenaza extranjera cambió progresivamente, merced al trabajo de todos, hasta devenir la propiedad común de los más poderosos medios de producción. Y si el socialismo tenía que construirse en un solo país era precisamente porque el socialismo aparecía en la forma más abstracta y empobrecida, en un país cuyo aislamiento había heredado y también acentuado. Así la fórmula falsa se tomó verdadera, siempre y cuando se vea el socialismo como una *praxis-proceso*, la construcción de un orden basado en la socialización fundamental de la tierra y las máquinas, bajo condiciones de emergencia y mediante el sacrificio continuo de todo en aras del incremento más rápido posible de la tasa de producción. La contradicción básica residía sin duda en el hecho de que se trataba simultáneamente de una conquista rápida, rápidamente institucionalizada, y una empresa que abarcaba varias generaciones. Pero las condiciones de emergencia y sus consecuencias prácticas (dirigismo, planeación autoritaria, voluntarismo idealista, fortalecimiento del aparato estatal, burocracia, terror, etcétera) forman parte necesariamente de la definición de este orden/ empresa, puesto que fue esta última la que las ocasionó como resultado del terror que provocó en las democracias burguesas.

Lo que permanecía entonces, como objetivo distante, como el más allá no-encarnado de las luchas cotidianas y de la empresa entera, era el orden comunista mismo. Esto es lo que todavía se definía abstractamente como internacionalización de la Revolución, desaparición del Estado, abundancia y libertad. Pero en una síntesis teórica tal, el *socialismo* era básicamente homogéneo con el *comunismo*, puesto que la transformación decisiva de las estructuras sociales y económicas había tenido lugar ya en los primerísimos años de la Revolución. Así el socialismo se tornó simplemente en la mediación entre el momento abstracto de la *socialización* y el momento concreto del *disfrute común*. La consecuencia era que, en ciertas circunstancias históricas, podía ser sinónimo de infierno.

Así fue que la fórmula socialista empezó por ser falsa, luego se tornó cada vez más cierta y finalmente, cuando la situación ya no la justificaba —esto es, cuando la Revolución China y el surgimiento de las Democracias Populares pusieron fin al "aislamiento socialista", y se necesitó una praxis diferente por parte del gobierno soviético—, se desvaneció, cayendo a un

papel puramente honorífico. Por supuesto que las contra-finalidades de esta praxis trascendida habían transformado incidentalmente a la URSS: estratificaciones, estructuras práctico-inertes. La encarnación particular se había particularizado crecientemente a través del proceso de institucionalización. La adaptación de esta realidad altamente específica a las nuevas exigencias había de ser larga y ardua. Pero lo que era esencial se había conservado. Las transformaciones podían ser violentas, pero ya no habían de ser revolucionarias. De esta manera, la monstruosa consigna adquirió una verdad práctica, porque era realmente la idea de esa transformación monstruosa pero inevitable: de esa praxis falseada cuyo falseamiento particular era con todo la realidad (y por tanto la verdad) de una encarnación que se trascendía en una empresa a la que condicionaba desde el principio y que seguía determinando. La razón histórica, a través de una doble totalización (sincrónica y diacrónica), puede aprehender el producto de la antipraxis con algo que es también —tanto en el momento particular como durante la temporalización— el resultado inteligible de la unidad común y de la totalización envolvente.

IV. LAS TRES FASES DE HISTORIALIZACIÓN

La relevancia del ejemplo que hemos venido considerando es limitada. En él, la lucha aparece sólo como el avatar de un grupo ya integrado. Lo que hemos mostrado, de hecho, es que cuando ya existe una unidad sintética (como efecto y condición de una praxis común), el conflicto interno (como adopción práctica de las contra-finalidades secretadas por la acción) es —tanto en su movimiento de reciprocidad antagónica como en sus productos objetivos— simplemente una encarnación e historialización de la totalización global, en la medida en que esta última *también* tiene que totalizar sus productos desasimilados y de deshecho.²⁰ Más aún, hemos hecho hincapié en que la totalización no es un movimiento ideal y trascendente, sino que por el contrario tiene lugar a través de las actividades no concretas singulares sobre la base de su compromiso común. Pero este caso especial de discordia interna que fue precedida y engendrada por la unidad obviamente sólo puede ser presentado como una especificación del proceso histórico, aun cuando ocurre con frecuencia en la experiencia concreta, a todos niveles de la práctica; en breve, aun cuando pertenece *al dominio propio de la historia*, en tanto que condición y consecuencia de la evolución global de la sociedad en que ocurre. Como, por añadidura, los conjuntos cuyas estructuras y temporalización tiene que estudiar el historiador siempre parecen (por lo menos a primera vista) carecer de unidad genuina, la

²⁰ *Historialización* dinámica de totalizaciones múltiples y sus re saltantes hacia un conjunto en movimiento.

inteligibilidad de las luchas sociales parece extremadamente difícil de defender.

¿Qué nos ha enseñado nuestra investigación regresiva acerca de las "sociedades", en el sentido estrictamente histórico del término? Hasta ahora tan sólo nos ha enseñado que parecen estar caracterizadas simultáneamente por una unidad de inmanencia y una multiplicidad de exterioridad, ya sea que consideremos a la ciudad flamenca del siglo XV o a "Francia" de 1789 a 1794.²¹ Pues hay una relación entre la ciudad o nación y el conjunto de ciudades o naciones que la rodean.* Una vez interiorizado esto, se manifiesta en la medida en que lo aprehende la multiplicidad en cuestión como su unidad práctica objetiva. Se señalará, desde luego, que las series se extienden y ramifican por toda la sociedad. Así la interiorización (a menos que la lleve a cabo un grupo específico) se transformará, en el sitio de recurrencia, en un vínculo serial de alteridad.²² De modo similar, el conjunto institucional —tanto en cuanto tal y como los organismos constituidos responsables de aplicar la ley— despliega una cierta integración soberana de la pluralidad social. Pero, como ya hemos visto, el poder del soberano depende de la impotencia de las series. Es *en tanto que otro* que lo práctico-inerte individual sirve a la ley y permite que lo manipulen otras formas de finalidad-otra.²³

¿Qué hemos visto en realidad? Grupos heterogéneos (tan heterogéneos en sus orígenes, estructuras, objetos y modos de temporalización como en la naturaleza, escala, profundidad y significación de sus acciones) que a veces se condicionan unos a otros más o menos directamente, a veces se oponen y a veces se ignoran, que se derivan todos de series, o están sujetos a recaer en la serialidad. Aparte de ello está la mediación de la materia trabajada siempre y en todas partes, entre individuos y aun entre grupos (cuando no los determina directamente la solidaridad mutua o la oposición recíproca), que crea la unidad pasiva de lo práctico-inerte a través de la *alteración y reificación* de los vínculos inmediatos de reciprocidad entre los hombres.²⁴ En algunos casos, como hemos visto —particularmente cuando las clases entran en lucha, a través de la mediación de grupos organizados—, la unidad del grupo se refleja en las honduras inertes de la colectividad como posibilidad de unidad para todos (como posibilidad de transformar la *otredad* de uno en *individualidad* (común)). Pero aun si la clase

²¹ Ver *Crítica de la razón dialéctica*, op. cit., libro 1, pp. 393-485.

* Aquí hablo tan sólo de conjuntos *nacionales*, puesto que la investigación crítica debe avanzar a través de las historias nacionales antes de abordar el problema de la llamada historia "mundial" o "universal".

²² *Recurrencia*: unidad enajenada de los miembros de una *serie*, por oposición a un *grupo*. *Alteridad*: relación de separación, opuesta a la reciprocidad.

²³ *Finalidad-otra*: manipulación de una serie por el *soberano*, el individuo (o grupo) que manipula las *series* dentro de un *grupo institucional*. (cf. *Crítica de la razón dialéctica*, op. cit., libro II, pp. 287-300).

²⁴ *Materia trabajada*: en la que está objetivada la praxis pasada.

entera destruyese su serialidad, la explotación, la opresión y la lucha contra la opresión todavía estarían condicionadas por el cisma práctico-inerte.

En un grupo organizado, esto último sólo puede suceder mediante una praxis que ya se ha apoderado de él. En las "sociedades", sin embargo, lo práctico-inerte es una realidad objetiva que se manifiesta independientemente, en y a través de la enajenación de toda praxis; en su práctica individual, de que la materia inanimada parece tornar para sí y absorberla. Así es como el conflicto de clase también aparece como una trascendencia y apoderamiento de las contra-finalidades por parte de cada clase y contra la otra. Pero, de hecho, lejos de *surgir de la unidad*, los grupos de combate, los partidos y los sindicatos intentan lograr la unidad de una clase en tanto que serialidad práctico-inerte contra la otra clase. De modo semejante, el objetivo básico (aunque el más abstracto y distante) de toda organización de clase —la eliminación de la otra clase, o su sujeción permanente y constitución como esclavo dispuesto, que viene a ser la misma cosa— no lo impone, como con el grupo organizado, necesidad práctica de restablecer la unidad de acción. Por el contrario, la unidad de acción la alcanza cada clase con vistas a lograr su objetivo; y lo que la produce es el cisma mismo de lo práctico-inerte, como único medio concebible de crear una sociedad que rige su propia materialidad y en la que el hombre es la mediación permanente entre los hombres. Aquí, en suma, se crean dos unidades antagónicas, en oposición tanto la una a la otra como a la serialidad de impotencia producida por el proceso práctico-inerte. En otras palabras, el conflicto en el seno del grupo fue un momento de la dialéctica constituida.²⁵

Pero ¿cómo habremos de concebir la inteligibilidad *dialéctica* de esta reciprocidad negativa que se establece en base a la ruptura antidialéctica constituyente y a la dialéctica constituida? ¿Acaso es la historia, a nivel de grandes conjuntos, una interpenetración ambigua de unidad y pluralidad, de dialéctica y antidialéctica, de sentido y sinsentido? ¿Acaso hay, dependiendo de las circunstancias y del conjunto particular en cuestión, varias totalizaciones relacionadas tan sólo por la coexistencia o alguna otra relación externa? ¿Le toca sólo al historiador determinar, en su investigación histórica, las direcciones en que una sola praxis-proceso se resume y retotaliza a varios niveles, y definir las configuraciones significativas a que da origen un solo acontecimiento en los ambientes más desemejantes? Si aceptáramos esta tesis, nos conduciría, con un rodeo, al neopositivismo histórico. Pues muchos historiadores modernos reconocen, más o menos implícitamente, lo que podríamos llamar secuencias *dialécticas* en una historia que de todos modos permanece pluralista y analítica.

²⁵ *Dialéctica constituida*: dialéctica de la praxis de *grupo* a través de la praxis individual. *Dialéctica constituyente*: dialéctica elemental o de la praxis individual.

Sin embargo, para poner fin a la cuestión, debemos tener presente que los hombres hacen historia en la medida en que ella los hace a ellos. En el caso presente, esto significa que lo práctico-inerte lo producen las contra-finalidades de la praxis precisamente en la medida en que las serialidades de impotencia, al volver la vida imposible, origina la unidad totalizadora que las trasciende. Así, el movimiento de historialización tiene tres fases. En la primera, la praxis común transforma la sociedad a través de una acción totalizante cuyas contra-finalidades hacen que sus resultados sean práctico-inertes. En la segunda, las fuerzas antisociales de lo práctico-inerte imponen una unidad negativa de autodestrucción a la sociedad, al usurpar el poder unificador de la praxis que las produjo. En la tercera, la unidad destotalizada se retotaliza en un intento común por redescubrir el objetivo despojándolo de sus contra-finalidades. Esto, sin embargo, precisa mayor examen.

[Tomado de *New Left Review*, noviembre de 1976-enero de 1977, n. 100. Traducción de Héctor Manjarrez.]